

## RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

---

**RUIZ RODRÍGUEZ, Ignacio. *Políticas y disputas por el control de la Alta California. Españoles, ingleses y rusos en litigio por el control de un territorio casi infinito*. Madrid: Dykinson, 2011. 558 p. ISBN: 978-84-9982-204-4.**

*Políticas y disputas por el control de la Alta California. Españoles, ingleses y rusos en litigio por el control de un territorio casi infinito*, de Ignacio Ruiz Rodríguez, es un libro que se ocupa del estudio de las exploraciones, conquista e incorporación por los europeos de las tierras existentes en las costas septentrionales del área del Pacífico americano. Y, paralelamente, del análisis de los distintos intereses encontrados de ciertas potencias allí asentadas o dispuestas a hacerlo, tales como la Monarquía Hispánica, el Imperio Ruso, el Reino Unido o Francia, sin dejar de lado a una potencia emergente: los Estados Unidos de América. Pero sin olvidar a las poblaciones indígenas norteamericanas, con sus costumbres, vestimentas, etc.

La obra se centra fundamentalmente en el periodo cronológico que va desde la segunda mitad del siglo XVIII al primer cuarto del XIX, momento en el cual se producía la emancipación del territorio mexicano. Pero también hay espacio en ella para el análisis de las poblaciones indígenas norteamericanas, plasmándose en el texto temas relacionados con sus costumbres, vestimentas, etc.

La simple lectura del índice de la obra permite hacerse una idea de la amplitud del estudio y las múltiples facetas del mismo, que discurre a lo largo de dieciséis capítulos (salvada la errata en su numeración), que se complementan con los datos recogidos en los siete anexos finales.

Como señala el propio autor en la introducción, el primer capítulo es un acercamiento a la política borbónica desarrollada a lo largo del siglo XVIII a partir de los Tratados de Utrecht y Rastadt y el nuevo orden europeo y su traslado a los distintos ámbitos coloniales.

A partir del segundo capítulo asistimos ya a los prolegómenos y desarrollo de la conquista de Las Californias, desde el Virreinato de la Nueva España.

Un tercer capítulo plantea la defensa de los intereses de la Monarquía Hispánica en tierras americanas, a través de las instrucciones dadas por el rey a los distintos embajadores que tenía repartidos por las cortes más influyentes de Europa, singularmente la inglesa y francesa. La navegación, la pesca del bacalao en aguas de Terranova o los nuevos asentamientos ingleses, ilegales a todos los efectos, eran temas a abordar por los representantes españoles.

En el cuarto capítulo, se reflexiona sobre el *modus operandi* desarrollado por los rusos para llegar a las tierras de la América Septentrional. La conquista de Siberia, ser conscientes de la mínima distancia que separaba esos nuevos establecimientos

de las tierras americanas, ambicionar los grandes beneficios que reportaría la nueva empresa, y consolidar los primeros asentamientos rusos en la Alta California.

El quinto capítulo se centra en la respuesta a la presencia rusa en tierras de América, de la mano de la expedición marítimo-terrestre dirigida por el catalán Gaspar de Portolá y Rovira, en 1769, que afronta riesgos desconocidos, descubriendo tierras y tribus indias hasta entonces desconocidas, y levantando importantes misiones.

El capítulo sexto nos acerca a la corte de Rusia, a través de las instrucciones que se habían dado al nuevo ministro plenipotenciario de la Monarquía Hispánica en Rusia, el conde de Lacy, quien realizó un trabajo difícil pero que dio resultados muy positivos para los intereses de España.

En la misma línea, el capítulo séptimo alude a los informes que llegaron a la corte madrileña y, más tarde, a la corte virreinal de la Nueva España, ricos en noticias, que orientaron al virrey Bucareli a poner en marcha nuevos proyectos para salvaguardar los intereses de la Monarquía Hispánica, incluido el envío de nuevas expediciones a la parte septentrional del continente.

Los capítulos octavo y noveno están dedicados a reseñar dos significativas expediciones realizadas a la Alta California, la de Bruno de Heceta y la de Arteaga y Bazán.

El décimo capítulo se ocupa de analizar los efectos en la Alta California de la independencia de las colonias atlánticas norteamericanas, los Estados Unidos de América, una nueva entidad política y económica que sería clave en el panorama continental a partir de ese momento, y el papel jugado por España, sobre la base del apoyo económico y el envío de pertrechos diversos.

En los capítulos once, doce y trece se vuelve sobre las expediciones españolas. Primero la desarrollada a partir del año 1788 y sus múltiples contratiempos. Después una de las expediciones científicas y exploratorias mejor conocidas, la de Alejandro Malaspina y José de Bustamante y Guerra. Destacando de ellas sus aportaciones en cuanto al conocimiento de las tierras californianas, la búsqueda del Paso del Norte y la información sobre los asentamientos rusos. Y, por último, el viaje de Quimper rumbo al Estrecho de Fuca y más tarde a las islas Sándwich del Norte, hoy conocidas como islas Hawai.

El capítulo catorce se ocupa monográficamente de San Lorenzo de Nootka, uno de los lugares de la Alta California que más contenciosos provocó entre las tres grandes potencias con intereses en litigio en la zona: la Monarquía hispánica, la británica y la rusa.

Acercándonos a la conclusión de este denso y extenso libro, un capítulo quince se detiene en los años de transición del siglo XVIII al XIX, para valorar las consecuencias de la política exterior seguida por España, de la mano de Godoy, y del azote británico a las costas de California, y ello a pesar de la respuesta contundente de las autoridades virreinales.

Finalmente, el capítulo XVI del libro nos lleva a la Guerra de la Independencia en España, y los prolegómenos de la lucha por la emancipación de México, destacándose la situación que viven las Californias en particular, donde, una vez más, las tres grandes potencias interesadas en el control del territorio hubieron de intervenir.

Pero el trabajo que nos ofrece Ignacio Ruiz no termina aquí, sino que nos ofrece varios interesantes anexos, seguidos de la descripción de las fuentes documentales utilizadas y de la bibliografía consultada.

Por tanto, otras naciones o potencias entran en América en el siglo XVIII, y al hablar de ellas hay que diferenciar entre aquellos lugares con asentamientos y dominio español que fueron atacados por otros países; y aquellas otras zonas que, aunque pertenecían a la Corona española, como América del Norte, fueron ocupados por otros estados sin que España pusiera demasiados problemas, aceptando esas ocupaciones sin oponer ninguna resistencia.

Es así como se produce el desarrollo de las colonias de esas otras potencias a lo largo del siglo XVIII, que también se va a caracterizar por un gran despegue económico. Unas colonias que cambian de mano continuamente, lo que finalmente despertó la conciencia criolla.

Y en el caso de la Alta California, que nos ocupa, es importante ver el alcance de la entrada en el escenario americano de una nueva potencia europea, Rusia. Recordemos que Vitus Bering descubrió Alaska en 1741, donde a través del comercio de pieles se inició una colonia basada en factorías. Con la expansión territorial de la colonia, los rusos se encontraron con los españoles en Nutka, pero llegaron a un acuerdo pacífico pues ninguno deseaba colonizar más tierras, cuestión esta que, junto a otros asuntos, se aborda en el capítulo catorce del libro, como ya hemos visto.

La respuesta española siempre fue de la mano de las reformas borbónicas, tendentes a vincular las colonias directamente con la metrópoli sin permitir su desarrollo independiente. Se suprimió el sistema de los dos grandes virreinos creando otros dos y cuatro Capitanías Generales casi independientes, a los que añadieron intendencias para subdividir aún más los territorios, y que la administración dejara de estar controlada por los criollos, que fueron sustituidos por peninsulares.

Unas reformas administrativas, tanto en España como en América, que buscaron reestructurar mejor la defensa del territorio, evitar la corrupción y quitar el poder a los criollos, y para ello se modificaron las instituciones en los ámbitos central, provincial y de justicia.

Esta es la época principal del estudio de Ignacio Ruiz, ya que su libro se centra fundamentalmente en el periodo cronológico que va desde la segunda mitad del siglo XVIII al momento en el que se produce la desintegración del Imperio español en América, donde, salvo Cuba y Puerto Rico, el resto de territorios se independizaron de sus metrópolis, y en el que se asiste a la emancipación del territorio mexicano al que pertenecía la Alta California.

Pero si queremos ver su génesis y situar la Alta California, vemos cómo es una provincia que recibió ese nombre durante la etapa de dominio colonial español, y que se mantuvo después de pasar a ser territorio del México independiente, en oposición a la Baja California, nombre que la península aún conserva.

En la actualidad esta región estaría distribuida en los estados federales estadounidenses de California, Nevada, Arizona, Utah, Nuevo México, el oeste de Colorado, y el sudoeste de Wyoming. Antes de recibir la denominación de Alta California también fue conocida como Nueva California, frente a la Antigua California, como era conocida la península, todo ello a partir de una serie de escritos misionales, -hasta el del padre Fray Francisco Garcés-, o de otra índole, como informes de visitas a presidios.

Estamos una vez más ante temas de frontera, que el grupo de investigación de la Universidad de Alcalá, al que pertenecemos tanto Ignacio Ruiz como quien escribe esta reseña, viene trabajando desde hace ya algunos años.

En este caso, una doble frontera, entre la Alta y la Baja California, territorio que se mantuvo español hasta la caída del último gobernador mexicano de la Alta California; y por el norte con ese espacio geográfico “infinito” al que alude el título del libro, y que, por otra parte, tiene un buen precedente en el libro de Martha Ortega Soto, aparecido hace una década, *Alta California, una frontera olvidada del noroeste de México* (Universidad Autónoma Metropolitana, 2001).

Las exploraciones iniciales nos remiten a la primera mitad del siglo XVI (un lejano 1542), cuando Juan Rodríguez Cabrillo fue comisionado por Pedro de Alvarado, con el apoyo del primer virrey de la Nueva España, Antonio de Mendoza y Pacheco, para explorar el pacífico norte. La península de Baja California y el golfo de California o mar de Cortés estaban recién descubiertos (por europeos) y explorados por Francisco de Ulloa, Fernando de Alarcón y Domingo del Castillo, con esos viajes se había demostrado que la península de Baja California no era una isla, sino que estaba unida a tierra firme y rodeada de agua por un golfo (de California) y la Mar del Sur (océano Pacífico).

Exploradores que perseguían el mito de la ciudad de Cibola (localizada en algún lugar al norte de la costa del océano Pacífico). Pero, detrás de ello, estaba algo todavía menos real, el inexistente paso o estrecho de Anián, que en el norte debía comunicar los océanos Pacífico y Atlántico.

Finalmente, Juan Rodríguez Cabrillo lo que encontró fue un “puerto muy bueno y seguro”, que no era otro que la bahía de San Diego (California), explorando además aguas desconocidas, y llegando a San Pedro y Santa Mónica, poblaciones que forman hoy día parte de la zona metropolitana de la ciudad de Los Ángeles (California). La expedición también navegó hacia el sur, pero tras la muerte de Juan Rodríguez Cabrillo, ya en 1543, la flota tomaría de nuevo rumbo norte, al mando de Bartolomé Ferrello, llegando al cabo Mendocino, cerca del límite norte de California, así que es probable que la expedición hubiese traspasado las actuales fronteras estatales, y que hubiera llegado hasta el vecino estado de Oregón.

Nos movemos en territorios pertenecientes al Virreinato de la Nueva España, la más rica y populosa de las colonias españolas, ya que su plata permitió el desarrollo de otras actividades económicas como la agricultura, la ganadería y el comercio, y su población era la mitad de toda la de Hispanoamérica. Siendo sus problemas principales fomentar la minería, sofocar rebeliones indígenas, enviar situados, fortificar el Caribe o engrosar la Real Hacienda. Pero también, desde México llevó a cabo el avance hacia el norte, lo que le permitió duplicar su extensión: California, Nayarit, Texas y Tamaulipas.

Sobre la frontera entre la Alta y la Baja California, habría que buscarla en el lugar donde en la época misionera se señalaba la parte atendida por frailes franciscanos (Alta) y la atendida por dominicos (Baja), todo después de la expulsión de los jesuitas en 1767. En 1772 se firmaría el acuerdo mediante el cual se facultaba a los dominicos y franciscanos para establecer una frontera entre las dos órdenes religiosas, y al año siguiente, fray Francisco Palou, con una simple cruz de madera señaló la división entre las dos californias.

Con el tiempo esa “frontera” quedaría bajo la custodia de la Misión de San Diego de Alcalá por quedar dentro de sus límites.

En 1846 con motivo de la guerra entre México y Estados Unidos la marina de guerra de Estados Unidos comenzó la invasión de las Californias, y México hubo de negociar para acabar con la guerra y, una vez firmado el armisticio, la atención se centró en fijar los nuevos límites.

México tras consultar al Congreso y a los gobiernos de la República se vio obligado a firmar el Tratado de Guadalupe-Hidalgo el 2 de febrero de 1848, perdiendo más de la mitad de su territorio, incluidos Alta California, Arizona, Nuevo México y Texas.

De hecho, desde 1835, el presidente de los Estados Unidos de América, Andrew Jackson, había dejado ver cuáles eran sus intenciones respecto al territorio de la Alta California al solicitarlo en compra al gobierno mexicano. Hubo de transcurrir una década hasta que el país del norte se apoderara por la fuerza de esta región. También desde tiempo atrás, la Baja California estaba en la mira de los norteamericanos, pero sus desiertos eran difíciles de franquear y los extranjeros lo sabían. Y cuando los Estados Unidos de América se apoderaron por la fuerza, aunque con relativa facilidad, de la Alta California, lo hicieron en una coyuntura política, social y económica muy favorable, que se había generado de 1824 a 1840.

Pues bien, entre esas fechas extremas, de la primera mitad del siglo XVI con el explorador Juan Rodríguez Cabrillo, y la primera mitad del siglo XIX, con el triunfo norteamericano, se mueven los contenidos que examina este libro. Contenidos que se refieren al conjunto de los distintos territorios que componían la Alta California dentro del ámbito de competencias del Virreinato de la Nueva España en el siglo XVIII.

El autor destaca la especificidad de ese “territorio casi infinito”, así lo apunta el propio subtítulo, que, tras el proceso independentista que se inició a partir de 1809 en los territorios americanos bajo dominio español, derivó hacia una sacrificada

guerra donde los pueblos del Norte asumieron el costo mayor en vidas y haciendas. Y el punto final será la independencia política, si bien vasallaje a la Corona española fue sustituido por una suerte de protectorado económico en manos de otras potencias coloniales como Gran Bretaña y por los emergentes Estados Unidos de Norteamérica surgidos en el propio continente americano también con ansias imperialistas.

El grueso del libro, con esa articulación en dieciséis capítulos y siete anexos, con documentación irrefutable, se adentra en el estudio de todo lo acontecido a lo largo del siglo que precedió a la independencia, y las vicisitudes por las que atravesó la Alta California merced a la intervención de distintas naciones europeas, especialmente desde punto de vista diplomático, que, por otra parte, constituye una de las líneas de investigación en las que ahora trabaja el autor de este libro y de otro que recientemente ha publicado conjuntamente con Luis Palacios Bañuelos, y que lleva por título *Las instrucciones a los embajadores españoles del siglo XVIII* (Córdoba, 2011).

En estas *Políticas y disputas por el control de la Alta California. Españoles, ingleses y rusos en litigio por el control de un territorio casi infinito*, se aprecia un importante esfuerzo interpretativo y de análisis del proceso político y de los intereses económicos que interactúan en la Alta California en el siglo XVIII, cuando empezaba a caminar sobre nuevos parámetros civilizatorios de la modernidad.

El resultado ha sido lograr ubicar los sucesos en la dinámica global de su tiempo, destacando la singularidad de unos territorios tan extensos, en los que interactuaron distintas naciones y potencias para confluir en hechos históricos concretos, en tiempo y espacio, con su significación, trascendencia y alcance no del todo clarificados y calibrados.

Una acertada selección de fuentes y bibliografía permite al lector crítico hacerse su propia opinión sobre el entramado de intereses y “desintereses” que pululaban en aquel tiempo histórico, porque enriquecen y problematizan la comprensión de acontecimientos de índole diplomática, política y económica, dentro de los procesos sociales en los que estuvo inmerso el Siglo de las Luces. Y también son ajustadas sus apreciaciones sobre la evolución de las distintas monarquías con implicación en los territorios de la Alta California, la dinámica nación e Imperio, y sobre el tránsito de las sociedades coloniales, fundadas en los referentes del Antiguo Régimen estamental, que empezaban a encaminarse hacia la modernidad burguesa.

Finalmente, valoramos este estudio sobre la evolución histórica de la Alta California hasta los momentos de la Independencia, por tratarse de un territorio de frontera que merecía un acercamiento crítico y un nuevo análisis, a la luz de otras fuentes, en una etapa histórica tan compleja para el imperio español; y la capacidad de su autor, quien sin duda seguirá “pensando y repensando”, no sólo el papel jugado por territorios como los de la Alta California no sólo para la Historia de América, sino para la Historia Universal.

Manuel Casado Arboniés  
Universidad de Alcalá de Henares  
[manuel.casado@uah.es](mailto:manuel.casado@uah.es)